

Sobre las raíces humanísticas de mis estudios vascos

José Miguel de Barandiarán

En la preceptoría de Baliarrain inicié mis estudios eclesiásticos. Los continué en el Seminario Conciliar de Vitoria, y en él se decidió definitivamente el rumbo que debía seguir mi vida. En él pasé después 23 años dedicado a labores docentes y a otras funciones.

Aquella institución, fiel a la disciplina escolástica medieval más o menos actualizada, y los intervalos de vacación con desplazamientos a otras latitudes, nos ponía en contacto con diversos modos de existencia y con numerosos problemas de nuestro tiempo cuya solución buscábamos.

Es así como empezamos a abrirnos al ambiente de nuestro país y a una época de su historia.

En aquellas fechas, ya lejanas, de los últimos años de la primera década de este siglo, es cuando empezaron a planteársenos como problemas muchas ideas, teorías, creencias, costumbres e instituciones que orientaban o trataban de orientar nuestro comportamiento, señalándonos incluso las líneas maestras del programa general de nuestra vida.

Lo que llamamos civilización y cultura se nos presentaba entonces como una construcción, cuyo entramado comprendía piezas de diversos signos: un conjunto de soluciones que el hombre daba a las exigencias de su vida formuladas en las preguntas ¿cómo me alimentaré?, ¿cómo me albergaré?, ¿cómo pondré a mi servicio las fuerzas del mundo?, ¿cómo me uniré con mis semejantes?, ¿cómo me entenderé o comunicaré con ellos?, ¿qué soy yo?, ¿cuál es mi destino? Las respuestas que diera nuestro pueblo a tales preguntas constituían nuestra cultura.

Durante siglos y milenios los hombres habían ido acumulando y retocando los elementos o categorías de esa cultura: series de nociones y técnicas, modos y normas de comportamiento en el mundo y con los hombres. Nosotros nos sentíamos incorporados a tales categorías y, en gran medida, también dominados por ellas.

Todo el proceso de nuestra formación —en la familia, en la vecindad, en las escuelas y en los libros— había consistido en aprenderlas conforme a las opciones que nos ofreciera el entorno, al método y medida de nuestros mentores y a nuestra voluntad y capacidad de asimilación.

Fue, pues, entonces cuando aquellas preguntas que hacíamos a las cosas queriendo indagar que son ellas y cuáles sus funciones, las dirigimos sobre todo hacia nosotros mismos, intentando conocer el *porqué* y el *para qué* de nuestra existencia, preguntas cardinales, característicamente humanas, cuyo estudio nos estaba interesando insistentemente.

Como respuesta a tales preguntas había construido el hombre una escala de ideas y de valores que desde épocas remotas le venían señalando el sentido de la vida y constituyendo la estructura más seria del quehacer humano sobre la tierra, situando al hombre en un orden superior al del mundo físico y natural. Tal era el humanismo tradicional, basado en el reconocimiento de un ser que nos trasciende —Dios— y, como tal humanismo, constituía la parte más característicamente humana de la cultura.

Pero este humanismo hondamente popularizado, si bien lastrado por elementos extraños, ¿cómo era considerado en los medios científicos de la época? Existía desde luego un sector, especialmente formado o anclado en la metafísica escolástica, que sostenía aquel esquema, como base y estructura del comportamiento humano, pero que, en este y otros aspectos, aparecía un tanto aislado y poco atento, cuando no refractario, a las adquisiciones de las ciencias naturales, a sus progresos y a sus atinencias con el humanismo.

Existían también otras corrientes espiritualistas, más permeables a las sugerencias naturalistas, pero coincidentes en lo fundamental con el pensamiento escolástico.

Pero a este humanismo se le objetaba en amplios sectores de los estamentos científicos, diciendo que tales ideas y valores, encadenando a los humanos a seres trascendentes, alienaban al hombre, lo deshumanizaban. Habría que abandonar, pues, una tal concepción del hombre y desmontar cuanto sobre ella se había construido hasta entonces, y ensayar por otro camino la búsqueda de un humanismo auténtico.

Cabría hacer ese ensayo recurriendo a las ciencias naturales, a la sazón inspiradas en parte por el positivismo de Augusto Comte que pretendía excluir de sus tareas toda suerte de metafísica. Tales ciencias venían haciendo, de tiempos atrás, avances prodigiosos. Dieron al hombre poderosos medios con los que evitara numerosas penalidades. Pusie-

ron a su servicio muchas fuerzas antes indómitas y hasta desconocidas. Era el progreso —la palabra mágica del siglo XIX y realidad indiscutible de la época—, considerada por muchos como ideal supremo. La creencia en el progreso sería, según viejas ideas de Turgot, la base del humanismo auténtico.

Otra concepción del mundo y del hombre con la que el progreso hacía pareja, era el cientismo naturalista o naturalismo. Una dosis invariable de materia y otra, igualmente invariable, de energía —tal vez sólo la energía— que actúan y evolucionan conforme a leyes fijas, bastarían para explicar todos los fenómenos del mundo y del Universo. Se decía que las ciencias naturales sugerían la concepción naturalista de un Universo, fuera mecánico o dinámico, que evoluciona según leyes invariables, sin ser dirigido hacia un fin por una Providencia. Así quedaba Dios eliminado y la libertad humana no pasaría de ser una ilusión.

No faltaron quienes reaccionaran ante esta situación. Por de pronto ante el positivismo, que había desempeñado papel importante en el progreso de las ciencias experimentales, siquiera fuese siempre en contradicción con sus fórmulas antimetafísicas; pero no satisfacía al espíritu, que buscaba, más allá de las leyes, una explicación de los fenómenos y ulterior conocimiento de sus soportes. Voces autorizadas se alzaron contra algunos de sus postulados, como el de la exclusión del estudio, por inútil, de las causas de los hechos. Plank, Einstein y cuantos dedicaban sus esfuerzos a penetrar en el mundo atómico iban por otro camino, suponiendo que la ciencia es el estudio, no sólo de un sistema de relaciones, sino también de un sistema de objetos, y que no es posible cultivarla sin afirmar la existencia ontológica de las cosas y sin la búsqueda de las causas de los fenómenos. En un libro dedicado a James C. Maxwell en 1931, decía Einstein: "la creencia en un mundo independiente, exterior al sujeto perceptor, es la base de toda ciencia natural". En realidad, la teoría de la composición atómica de los cuerpos, que explicaba satisfactoriamente ciertos fenómenos, fue parte para que gran número de físicos y químicos se le adhirieran.

Por otro lado, el determinismo radical de los científicos parecía quedar en entredicho, sólo aplicable a la escala media humana, entre el mundo astronómico y el mundo microscópico (1), limitado, además, por la experiencia, insoslayable, de nuestro libre albedrío y por los numerosos elementos *irracionales* (irreducibles a las categorías de nuestro en-

(1) LE ROY, en *Revue de Métaphysique et de Morale*, Abril de 1935.

tendimiento), en los que tropieza la ciencia a pocas vueltas de manivela de su aparato analítico (2). Schelling fue quien dijo que los elementos químicos son otros tantos asilos de nuestra ignorancia.

Entre tanto, el éxito de las ciencias era patente ante el magnífico avance de las técnicas. En efecto, la técnica había logrado que el hombre pudiera defenderse de muchas de las dificultades con que tropezaba en su vida. Era una invitación al optimismo. Se había conseguido que las máquinas siguieran funcionando conforme a determinadas fórmulas y leyes que las ciencias habían registrado en la naturaleza. Así se esperaba llegar también al conocimiento de las leyes que rigen el funcionamiento de los nervios, las aspiraciones, las esperanzas y las actividades síquicas del hombre. De esta suerte tendríamos un humanismo sólidamente asentado. Y esto acarrearía al hombre la deseada estabilidad y la tranquilidad de quien se siente realizando su propio destino. Creíase, pues, próxima la recuperación del hombre.

Parecía, sin embargo, que los hechos no confirmaban tal predicción. Los avances, evidentemente espléndidos, de las ciencias aplicadas paliaban en cierto modo un lado inquietante. Sólo un lado y no el más importante. Es que todo saber técnico que se exterioriza o socializa, queda objetivado. Cuanto el hombre inventa y da a conocer a sus semejantes, queda en el mundo, fuera ya de la influencia de su creador. Tiene, pues, su propia y peculiar existencia, independiente de quien lo ideó y lo lanzó a la circulación: es un ente impersonal, y en muchos casos mecanizado. Tal es pues, el caso de las técnicas que, puestas en circulación, gravitan sobre el mismo hombre que las concibió, convirtiéndolo muchas veces en una pieza más de su engranaje.

Por otro lado, el progreso, como sistema de medios materiales que facilitaba su andadura al hombre y que iba enriqueciéndose incesantemente, tenía solamente sentido económico. Era una realidad material e instrumental en la vida humana, y la técnica uno de sus elementos integrantes. Veíamos, pues, que esa realidad, desde luego prodigiosa, elaborada por el hombre para su defensa material, llevaba en sí un fermento de crisis o un poder de signo contrario a la realización del hombre como tal.

La ciencia natural y la técnica contribuían, sí, a un mayor desarrollo de la actividad manual y de la habilidad fabril del hombre; pero,

(2) K. SAPPER, *L'ébranlement du principe de causalité dans la nouvelle Physique*, "Scientia", 1-IX-1935.

siendo éste mucho más que sus manos y que su capacidad de fabricante, aquéllas se mostraron incapaces para solucionar los problemas propiamente humanos (3).

Werner Sombart había dicho que el pensamiento científico, elaborado conforme a los postulados de cientismo naturalista y del positivismo, había eliminado a Dios y que el pensamiento técnico nos llegaba deshumanizado. Lo primero era normal en quienes concebían el positivismo como único medio por el que nos sea posible conocer y explicar las cosas; pero no en quienes pensaran que la ciencia es algo más que un simple acervo de experiencias.

Más razonable parecía considerar la deshumanización como una secuela del progreso técnico. Sin embargo, no fracasaba éste como elemento de la cultura instrumental, sino como ideal supremo a cuyo rango se había pretendido elevarlo. El supuesto humanismo basado en la creencia decimonónica del progreso como fin en sí, quebraba irremisiblemente. Habría que ir por otro camino.

* * *

En aquella época de principios de la segunda década del siglo en que empezábamos a percatarnos de la crisis del positivismo y del estricto naturalismo en la búsqueda de la recuperación del hombre, no pocos jóvenes de nuestra generación hallaban ante sí, más acuciantes que nunca formuladas las preguntas ¿qué soy yo? ¿cuál es mi destino? ¿que es el mundo que se me ofrece ahí?

Hasta entonces nuestros conocimientos a este respecto habían sido obtenidos, unos en la familia, en la vecindad y en la iglesia; y otros en las aulas y en los libros, sobre todo en aquellos que trataban de la ciencia de las religiones. Parecíanos que por tales medios habíamos logrado dar soluciones adecuadas a los problemas que se nos planteaban. Las habíamos hallado formuladas desde luego en expresiones como ésta: "no dependemos de nosotros mismos, sino de otro que nos trasciende, es decir, de Dios". Tal era el modo como respondían las gentes en nuestro medio rural, en cualquiera ocasión de accidente desagradable, en casos de enfermedad o de muerte, etc. Era también la fórmula que uno utilizaba para consolarse en tales momentos o para resignarse con su suerte.

(3) JOSE ANTONIO MARAVALL, *De una cultura de progreso a una cultura de la Vida*, "Revista de Occidente", Marzo de 1934.

En aquella época, la investigación en el campo y aun en el laboratorio no era labor que atría a la juventud. Pero el tema que vamos señalando nos venía interesando de modo insistente. Las enseñanzas y los consejos debidos a algunos maestros, como Wilhelm Wundt, Graebner y, más tarde, los de Breuil y de W. Schmidt y, finalmente, el trato y compañía durante años del Dr. Aranzadi, catedrático de la Universidad de Barcelona, fueron parte para que nos lanzáramos a investigar la cultura vasca y conocer el tema del humanismo preferentemente en las raíces de nuestro propio pueblo tras los tanteos que veníamos haciendo por otros caminos desde el año 1910.

Fue el año 1916 cuando emprendimos, en compañía de los Drs. Aranzadi y Eguren, la investigación sistemática de las huellas del hombre antiguo del país vasco. Veinte años duró nuestra labor conjunta. Unos días antes que estallara la guerra civil del 36, nos hallábamos en Urtiaga (Iciar). Fue la última vez que nos vimos juntos los tres. La guerra nos dispersó.

La investigación de la cultura de nuestro pueblo actual en sus diversos aspectos —etnología— la habíamos iniciado antes (1914), si bien veníamos recogiendo en él los datos relativos al fenómeno religioso desde el año 1910. Y más tarde, ya en contacto con el Dr. Aranzadi y, atendiendo a los consejos de W. Schmidt, director de la revista internacional ANTHROPOS, formamos un cuerpo de colaboradores para la investigación del saber popular vasco, entre los cuales figuraban D. Manuel de Lekuona, D. Odón de Apraiz, D. Tomás de Atauri, los directores de los Museos etnográficos de Bilbao y San Sebastián y un grupo de seminaristas que trabajarían durante sus vacaciones. La sede de la asociación, llamado *Eusko-Folklore Elkarte* "Sociedad de Folklore vasco", era el Seminario de Vitoria, con beneplácito del prelado de la diócesis, a quien interesaba que los seminaristas estudiaran la cultura del pueblo donde luego iban a actuar.

El resultado de nuestras investigaciones era publicado en una hoja mensual de cuatro páginas y en un volumen anual o *Anuario de Eusko-Folklore* que nos pusieron en contacto con una veintena de sociedades científicas de diversas naciones de Europa y de América. De estas publicaciones dijo D. Joaquín M.^a de Navascués: "Son la más importante representación de la labor folklórica colectiva que podemos ofrecer en España" (4). Nuestra labor era, sin embargo, harto difícil, no tanto por

(4) *Folklore y Costumbres de España* (Barcelona, 1931) I, 162.

su naturaleza cuanto por defectos funcionales del medio social en que trabajábamos (5).

Otro intento de estudios humanísticos y religiosos estuvo representado entre nosotros por la revista *Gymnasium*, que empezó a publicarse en el Seminario de Vitoria el año 1927. Una de sus secciones —la primera— estaba dedicada a los trabajos que escribían aquellos alumnos, adelantados ya en su carrera, que, además de las asignaturas de su curso, estudiaban en horas libres y en vacaciones los temas relativos a la religión, al humanismo y a materias afines, que venían siendo movidos constantemente por la prensa periódica que se leía en la diócesis de Vitoria. A esta labor estaban destinados los llamados laboratorios *Gymnasium*, donde informábamos e impartíamos lecciones sobre ideas y hechos de nuestro ambiente, extractados de los periódicos. Esta era una empresa en la que queríamos muchos de nuestros alumnos se acostumbraran a dialogar con el pueblo, lograran conocer las cuestiones de nuestro tiempo, incluso sus antecedentes, y llegaran a tener conciencia histórica de su entorno. Pero a fines del año 1932 tuvimos que cesar también en este segundo ensayo de incorporar al seminario la tarea de investigar los idearios que a la sazón iban llegando y posándose en nuestra diócesis.

Al año siguiente, el Montepío Diocesano del Clero de Vitoria nos encargó que trazáramos el plan de una revista de estudios. Le expusimos las líneas generales de nuestro pensamiento a este respecto, diciendo que en nuestra diócesis y en aquella época hacía falta una revista en la que se dieran a conocer los aspectos fundamentales del humanismo cristiano y vasco tradicional, en la que fueran registrados los hechos de la vida cultural y religiosa de sus pueblos y parroquias, y en la que se diera cuenta de las ideas, costumbres y modos de vida que hacían su aparición en nuestros país o que nos llegaban de otros países. Aprobado el plan por el Montepío, la revista, a la que se puso el nombre de IDEARIUM, fue publicándose en números bimensuales. Estaba redactada principal-

(5) Poco duró (cuatro años) la colaboración de los seminaristas, a quienes no hubiera perjudicado aprovechar sus vacaciones veraniegas realizando estudios de la cultura tradicional de su pueblo, tan estrechamente ligada con la religión. Pero surgieron dificultades que nos obligaron a cambiar de sede a la sociedad y a prescindir de la colaboración de los seminaristas. Sin embargo, pudimos lograr que la investigación de la vida religiosa del pueblo siguiera adscrita al seminario, como complemento de la asignatura de Historia de las Religiones, cuya explicación nos estaba encomendada. Todos los años repartíamos entre los alumnos un cuestionario para investigar las creencias y prácticas religiosas de los pueblos, lo que aportó material etnográfico abundante a nuestro archivo.

mente por profesores del seminario de Vitoria y por diversos colaboradores dispersos en la diócesis. Organizó en muchas parroquias investigaciones encaminadas a describir la situación religiosa de nuestro pueblo. Así, recogió en sus páginas el resultado de las encuestas realizadas en Atáun, en Zumárraga, en Ullibarri-Arana, en Cigoitia, en Yurre, en el valle de Barrundia, en Eibar, en Irún y en la zona minera de Vizcaya con datos estadísticos, además del noticiario extractado de la recopilación o registro de ideas y de tópicos que a la sazón propagaba la prensa periódica en nuestra diócesis.

Este tercer intento tampoco tuvo en algunos sectores de nuestra comunidad toda la aceptación que nosotros deseábamos y necesitábamos. Un ambiente enrarecido, a ratos hostil, hizo que desapareciera también IDEARIUM.

Por fortuna la corriente iniciada veintidós años atrás tenía también otros cauces por donde seguía discurriendo, si bien fuera del camino en el que había hecho su primera, nostálgica, andadura (6).

Pero luego estalló la guerra que interrumpió nuestras tareas en la tierra que hasta entonces había sido nuestro campo de actividades. Continuamos desarrollando nuestro plan en otras latitudes, principalmente en el país vasco septentrional. También allí procuramos investigar la cultura popular en sus diversos aspectos. Logramos que compartiesen con nosotros la empresa otras personas, formando el *Instituto de investigaciones IKUSKA*, cuyo Boletín dirigíamos, lo mismo que la revista *EUSKO-JAKINTZA*, que se publicaban en Sara y en Bayona respectivamente.

Allá como acá, nos interesaba sondear en los medios populares en busca sobre todo del humanismo; pero sin desatender a la cultura instrumental con la que aquél se halla articulado. En el trasfondo de cuanto aprendíamos, vislumbrábamos, como podíamos hacerlo también en el de otras etnias, una concepción generalmente aceptada, según la cual la vida humana se realiza en dos niveles: el inferior, que corresponde a su parte material —cósmica, vegetal y animal—, y el superior que es personal y característicamente humano. Niveles o elementos jerarquizados, de suerte que los más genéricos —los mecánicos y los orgánicos— se subordinen a lo racional y personal. Invertir este orden equivale a materializar o cosificar al hombre. El humanismo o la cultura

(6) Una interesante reseña de los estudios relativos a la religión y a la cultura vasca en el Seminario de Vitoria antes de la guerra del 36, puede verse en un trabajo intitulado *A Basque Challenge to the Pre-Civil War Spanish Church* en "European Studies Review" (SAGE, London and Beverly Hills, vol. 9, 1979).

fundamental, que comprende, como ya indicamos antes, las soluciones dadas a los problemas formulados en las preguntas ¿qué soy yo? y ¿cuál es mi destino?, nos interesaba ante todo.

Las respuestas que, durante nuestra infancia o más tarde, aprendiéramos en nuestra familia, en nuestra vecindad y en nuestra iglesia, afloraban allá como en cualquier otro rincón de nuestro país, expresadas en estos o parecidos términos: no somos de nosotros; sin saberlo hemos llegado a este mundo; queramos o no, tal vez cuando menos lo pensemos, nos llevarán de aquí; luego no dependemos de nosotros, sino de otro que nos trasciende: ese es Dios. Estamos, pues, unidos a El, y es justo que lo manifestemos con asentimiento y con amor. Amor que debemos extender a nuestros semejantes que son también hechura de Dios. Por eso es el amor la base de la convivencia humana, y de la justicia y de los demás valores que forman la trama del orden moral y jurídico.

Así, pues, la vida tiene un *para qué*. Es, por lo tanto, un trascender de sí, un llegar a alguien, que es Dios, para ganarse a sí mismo, lo cual no es alienarse, ni deshumanizarse, sino aceptar libremente una proposición: cumplir un destino.

Este esquema parece inspirado en el Cristianismo. Es posible que tenga raíces más antiguas; pero es indudable que el Evangelio ha influido hondamente en nuestro pueblo; y sus enseñanzas sobre el amor de Dios y del prójimo, y la figura de Cristo como modelo concreto a quien imitar, han ocupado ampliamente el campo de visión de los vascos. Estos elementos han constituido la estructura más seria de su comportamiento, a la que todos recurrían en última instancia, si bien el hombre, solicitado por múltiples factores, anduviera muchas veces por diversos derroteros en la práctica de la vida.

Este humanismo nuestro, que ha sido un válido recurso y base segura para hallar la solución de conflictos surgidos entre los individuos y entre los pueblos, va difuminándose hoy en la conciencia pública y está ausente en la mente y en el corazón de muchos de los nuestros. Es que el hecho de "politizar" el sentimiento religioso y hacer de éste una carátula que cohonestara durante largo tiempo un "orden" social y económico injusto, habían logrado que aparecieran devaluadas las bases del humanismo tradicional.

Por otra parte, los modos de vida predominantes en nuestros días anulan o reducen en gran medida las posibilidades de adoptar en sus quehaceres la propia decisión en gran parte de los hombres: todo lo encuentran éstos programado y se ven precisados a conducirse como pie-

zas controladas dentro de un mismo proceso productivo. Además, la prensa periódica, la radio, el disco, el cine, la televisión, han acostumbrado al hombre a no pensar por su cuenta. La época se ha empeñado en desinteriorizar al individuo, multiplicando sus contactos con lo superficial de las cosas, de suerte que no le deja tiempo para repensar, para hallarse a solas y valorar o someter a juicio las mil especies que irrumpen en su mente.

Estamos, pues, ante un caso de deshumanización de multitudes de hombres de todas las clases sociales. Muchos van quedando con palabras y frases hechas, con tópicos, emblemas y siglas erigidas en divinidades, ceniza de lo que antes fuera quizás idea, pensamiento y eco fiel de realidades.

Pero no dramaticemos demasiado el estado social presente. Asistimos sin duda a una crisis de la cultura en su aspecto fundamental, hecho que no ha podido sorprendernos a cuantos, más o menos conscientes, hemos venido integrados en las recientes fases del proceso histórico. Frente a esta situación, en la que nuestro pueblo va perdiendo su identidad y, en parte, sucumbe ante los impulsos del oleaje que le invade del exterior, no faltan personas y grupos que quieren y procuran basar en el humanismo tradicional el programa general de su vida. He ahí el fermento de una renovación en la que hemos de colaborar todos para reconquistar al hombre. Deberíamos acudir a las raíces y presentar el humanismo tradicional vasco, elevado a nuevo rango por el Cristianismo que recibiéramos mediante la Iglesia, para que cada uno pueda aceptarlo como esquema razonable que le señale el plan de su vida. Incluso también, si ello hiciera falta, para confrontarlo con otros modos de pensar, como el hedonismo, el marxismo, el agnosticismo y otras teorías o religiones que nos vienen franqueando los horizontes de nuestra tierra y de nuestra etnia.

Ahora, al terminar esta glacial disertación mía, dos palabras para manifestar mi agradecimiento a cuantos han ideado y organizado esta gran movilización para homenajearnos, así como a los altos dignatarios, que abandonaron otros quehaceres por venir a este acto, y a todos los que nos honran aquí con su presencia: Muchas gracias.